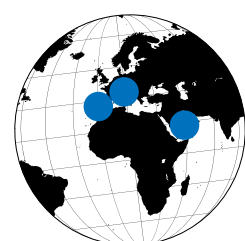
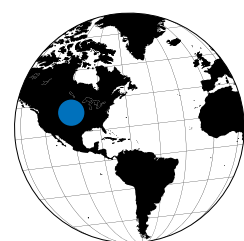
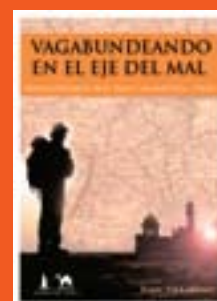


txt: Diego Ramos
fotos: Juan Villarino



60 → 63

+ info: www.acrobatadelcamino.com



El hogar es el camino



“En mayo de 2005 me subí a un velero en Belfast, Irlanda del Norte, con destino a Escocia. Era el comienzo de mi soñado viaje a dedo alrededor del mundo. Desde entonces he vagabundado, con un presupuesto aproximado de cinco dólares diarios, a través de Europa, Oriente Medio, China, Tíbet, India, Tailandia y, ahora, Sudamérica”, se presenta Juan Villarino, viajero incansable que salió de la Argentina para conocer el mundo y encontró en el camino su verdadero hogar.

Nació en Mar del Plata como Juan Villarino, pero viajeros e internautas del planeta entero lo conocen como “el acróbata del camino”, un guiño que alude tanto a las peripecias con las que saborea su vida nómada como al relato del mítico escritor norteamericano Jack Kerouac. Como tantos otros jóvenes autoestopistas que andan recorriendo el mundo con poco presupuesto y muchas ganas de conocer gente, lugares y costumbres, Juan emprendió su periplo alrededor del planeta inspirado en el modelo de Kinga Freespirit, una intrépida polaca que entre 1998 y 2006 recorrió varios continentes a dedo, llevando a cuestas sólo su cámara de fotos y su avidez por descubrir nuevos paisajes, y a la que el viaje finalmente le costó la vida (vale la pena conocer su historia, digna de una película, en www.kingafreespirit.pl). Gracias a ese impulso inicial, que lo ayudó a salir a la ruta y lo convenció de que viajar sin dinero era posible, recorrió diferentes países en varios continentes, escribió un libro en el que intentó desmitificar la imagen tenebrosa que los occidentales tenemos sobre la vida en Oriente Medio y ganó numerosos premios con sus fotografías. Ahora, a poco de emprender un nuevo periplo por América Latina, esta vez en una bicicleta de dos pisos, cuenta por qué apuesta por una vida nómada, libre de anclas y cargada de aventuras.



En movimiento constante

“Hay dos fases en la vida de un nómada: primero la de descentrarse, que ocupa la mayor parte del tiempo, que tiene que ver con el movimiento constante como evento fundamental, el viaje, el devenir. Y la otra es la de apropiación momentánea de un sitio”, filosofa Villarino en un bar palermitano, a fuerza inspiradora de cerveza y maníes que le dan al relato exótico un marco particularmente cotidiano. “El autostop, el arte de hacer dedo, es mi medio de transporte por excelencia. Su puntuación involuntaria permite una conversación con el camino: siempre hay sorpresas. Frente al acto irrevocable que es conducir un auto o tomar un tren, el viajar a dedo nos deja vulnerables a paradas, desvíos inesperados y amigos nuevos cada vez que un automóvil se detiene para llevarnos.”

Para quienes quieren seguir su periplo y conocer el mundo de su mano, Juan relata metódicamente sus aventuras en su blog. *“Cada día tomo notas en una libreta mientras la acción tiene lugar. A veces escribo sólo las palabras clave para no perder el ritmo de la realidad”. Al otro día se dedica a pasar en limpio esos códigos en su computadora portátil de 9 pulgadas, una de sus grandes herramientas para mantener a sus lectores al día, donde sea que esté gastando botas y levantan-*



do el pulgar para ganar kilómetros. Y algunos de sus relatos ya tomaron forma de libro: *"Vagabundeando en el Eje del Mal: Redescubriendo Irak, Irán y Afganistán a dedo"* registra la crónica de su paso por el mundo islámico al tiempo que intenta *"demostrar la bondad del ser humano allí donde los medios señalan sólo violencia e intolerancia"*.

Kilómetros de historias

"En Siria tomé té con los beduinos, los amos del desierto, y también con los oficiales de Inteligencia locales encargados de interrogarme por acercarme demasiado a la frontera iraquí; crucé el Sahara en camiones cuyos conductores me ofrecían a sus hijas en matrimonio; entré en Irak como un vagabundo, a pie, de noche y sin moneda local o mapas, pero inesperadamente me hice amigo del primo del presidente de la provincia kurda y fui recibido por el vicepresidente en el Parlamento. Allí tuve que hacer una demostración práctica de autostop, apuntando mi pulgar a camiones invisibles dentro del recinto alfombrado y frente a las cámaras de televisión que filmaban mi encuentro", enumera Villarino sin pausa ni respiro, como sacando de la mochila una historia tras otra, cada una más exótica que la anterior.

"Tomar el té sobre un campo minado fue la experiencia con que me dio la bienvenida Afganistán, país que crucé por la desolada ruta central, donde conocería nómadas pashtunes y hazaras, además de los tajiks, portando conmigo dos cartas para ser entregadas a un trabajador voluntario norteamericano que vivía fuera del rango postal. Siempre había querido ser cartero", recuerda con humor el viajero.

"A quienes se excusan por nunca encontrar la oportunidad o el tiempo los invitaría a reflexionar y preguntarse si acaso no se merecen la libertad que tanto añoran"

Próxima estación

"¿Por qué viajo? Viajo para retratar una humanidad más amable, la que estrecha la mano sin solicitar credenciales y puede prescindir de las alarmas. Después de haber compartido la cotidianidad de cada cultura, uno puede solidarizarse con las luchas ajenas y entender su alegría, como si fuéramos enredándonos con hilos que por siempre nos conectarán con la gente que conocimos." Así, asegura, es como uno llega a sentirse parte de otras culturas y empieza a definirse *"más por lo que nos une con los demás que por lo que nos diferencia"*. Por eso, Juan promete seguir en el camino durante mucho tiempo más: *"Queda mucho por viajar, hay más de 200 países y territorios y yo apenas conozco 45, podría volver a recorrer los países ya conocidos siguiendo rutas distintas. He comprometido mi pluma a retratar la cotidianidad de un mundo que sólo aparece en las noticias cuando estalla una bomba o una revolución. Quiero sembrar entendimiento donde otros siembran miedo, por eso sigo caminando: África y Oceanía todavía me esperan"*. Claro que antes está América, el destino de estos tiempos: el año pasado recorrió 10 mil kilómetros de Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Bolivia investigando la minería a gran escala, dando conferencias en diferentes universidades y haciéndole dedo a las canoas en afluentes del Amazonas. La aventura prosigue, y su cuerpo le pide otro cambio.

"Habiendo viajado 150 mil kilómetros a dedo siento la necesidad de migrar hacia otras modalidades de transporte", revela el acróbata, seudónimo que cobrará un nuevo sentido en el próximo viaje desde Mar del Plata hasta Alaska. *"Siguiendo con lo que llamo metodologías humildes de transporte, pienso cubrir el trayecto en una bicicleta reciclada de doble altura, construida artesanalmente, a la que bauticé 'Oniriciclo'".* El cuadro tiene un metro ochenta de altura, y su función es simplemente robarle una sonrisa a cada persona que cruce nuestro camino." El plural se debe a que este viaje lo hará acompañado por dos amigos, también escritores y fotógrafos, con quienes comparte su inquietud existencial.

Lo eterno y lo efímero

"Con esta modalidad de vida se resignan muchas cosas, claro. Uno ve a la familia cada uno o dos años, y cuando vuelve encuentra que algún amigo se casó o es padre. Pero cada pérdida tiene una contracara, una ganancia que le corresponde: uno tiene menos contactos con los amigos tradicionales pero a cambio gana amigos en cada ciudad que recorre. Hoy yo no podría vivir sin esas amistades del exilio, que dejaría de establecer si dejara de viajar. Se resigna el hogar propio, la propia casa, para hacer nido en todo el mundo. Uno cancela sus ambiciones de riqueza para empezar a capitalizar anécdotas, una forma de apropiación simbólica de la realidad a prueba de robos y corralitos. Por otra parte, se hace difícil establecer una relación de pareja. Como cualquier hombre, encuentro a veces compañeras afines, pero esa otra persona sabe desde el primer minuto que yo, por definición, sigo viaje. Hay mujeres

que se vuelven cómplices de esa fugacidad y otras que intentan forjar un ancla a contrarreloj para que deje de viajar. Muchas veces la otra persona también es una viajera y entonces no hay necesidad de explicar nada: nos dedicamos a destilar lo eterno de lo efímero, y punto."

Camino al andar

"He aprendido que es posible vivir en movimiento constante con estabilidad emocional y económica. Uno nunca es el mismo, porque viajar implica poner a prueba diariamente la propia identidad, pero creo haber logrado una armonía: la personalidad que cristalizaron todos esos viajes se mantiene estable", asegura Juan, aferrado a la creencia de estar haciendo lo que siempre quiso hacer: *"Toda la filosofía mamada de los libros que alentaba al ascetismo, a la trashumancia y a la bohemia, todas esas letras de rock nacional que exaltaban la importancia del aquí y ahora... ¿tenía que limitarme sólo a tararearlas?"*. Mejor que pensar es andar, se dijo Villarino, y así fue como anduvo por 34 países, haciendo 70.000 kilómetros, viajando a dedo en 920 vehículos y usando tres pares de botas, todo lo cual le permitió llegar a una conclusión: *"La ruta es ahora un estado constante; paradójicamente, el cambio se vuelve algo permanente conforme uno habita el movimiento"*. A modo de despedida, el acróbata ensaya una reflexión y desafía a encontrar el propio camino. *"El universo cuida de nosotros; no hay espera demasiado larga que no contenga la semilla de una dicha. A quienes se excusan por nunca encontrar la oportunidad o el tiempo, los invitaría a reflexionar y preguntarse si acaso no se merecen la libertad que tanto añoran."*